

3. ¿Transmitir o traficar?

Os confieso que a veces "siento una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón, " (Rm 9,2), como San Pablo, cuando veo que muy a menudo, en las comunidades o entre los monjes y monjas particulares que visito y trato de acompañar, no percibo la preocupación esencial por vivir su vocación de transmitir a Cristo al mundo; cuando veo que la preocupación por la transmisión no coincide, o ya no coincide más con la preocupación por transmitir a Jesucristo.

A veces, a los más jóvenes no les importa ninguna transmisión: sólo necesitan recibir y, si dan, lo importante para ellos es que todos reconozcan que lo que dan viene de ellos mismos, es su trabajo, su talento, su capacidad, su generosidad. En ocasiones tienen grandes planes para transmitir al mundo lo que sería su salvación, pero sin Jesús. Como el mundo, como todos los demás, ofrecemos al mundo "salvaciones", pero donde Cristo no está presente, donde Cristo no preocupa, no se transmite.

Los mayores a menudo están ansiosos y preocupados por la transmisión de observancias, tradiciones y edificios. Quieren que todo esto "sobreviva". Es como si quisieran transmitir la vida monástica sin transmitir a Cristo, que es el único sentido de la vida monástica cristiana.

Hablo en general, por supuesto. En todas partes y en cada ocasión, encuentro jóvenes y ancianos que viven verdaderamente su vocación monástica, con la única preocupación de amar a Cristo y de transmitirlo a través de su vida, de su testimonio, a menudo silencioso e indefenso, pero seguramente fecundo, pase lo que pase en el presente y en el futuro. Pero tenemos la impresión de que estas son sólo excepciones, que aquellos y aquellas que tienen una preocupación real por la transmisión evangélica son como si estuvieran sofocados por una multitud ocupada en otros quehaceres.

Quizás son estas las tendencias que a menudo se oponen en la vida monástica: quienes la viven en la transmisión de Cristo y quienes la viven "traficando".

Sabéis que San Benito no amaba demasiado el tráfico y el comercio, aunque sabía que también son necesarios para la vida del monasterio. En el capítulo 57 de la Regla, advierte a los monjes que ejercen un arte que no distorsionen la verdadera transmisión a la que estamos consagrados. Pide que el monje vanidoso, orgulloso de lo que hace, no "transite" más por su arte: "*per eam non transeat*" (RB 57,3). Y cuando se venden los productos del monasterio, los monjes a cargo de la "transacción" ("*per quorum manibus transigenda sunt*", 57,4) deben protegerse contra cualquier fraude. Pide que se venda todo menos caro que los seglares "para que Dios sea glorificado en todo" (57,9; 1 Pt 4,11). Nos hace comprender que nuestras transacciones, nuestros intercambios, eso es todo lo que transmitimos como hecho por nosotros, deben permanecer sumisos y servir para transmitir la gloria de Dios en el Hijo amado.

En el mismo sentido, el abad también está invitado a no preocuparse "por las cosas transitorias [*transitoriis*], terrenales y caducas" en lugar de la salvación de las almas de los hermanos (véase RB 2,33). No olvidemos que la "salvación de las almas" no es ante todo un estado que las almas deben alcanzar o ganar, sino Cristo mismo, el Salvador, a quien el abad está llamado a representar, transmitiéndolo a los hermanos a través de su enseñanza y su ejemplo, para que ellos se unan a Jesús, no anteponiendo absolutamente nada a Él, que nos lleva a todos juntos a la vida eterna (ver RB 72,11-12).

Me gustaría subrayar aquí, a partir de estos pasajes de la Regla, cuán importante es distinguir entre *transmisión* y *transición*. Cuando un superior, una superiora, y la comunidad respectiva, están preocupados por las "cosas transitorias" (RB 2,33), esto significa que colocan su compromiso al nivel de lo que pasa. La transición podría definirse como un "movimiento estático", un desplazamiento sin cambio. Nos movemos de una situación a otra, de un momento a otro, de una generación a otra, sin cambiar. Cambia lo que es externo, cambian los otros, pero nosotros no cambiamos. Se atraviesa la historia sin demasiadas perturbaciones. Es como una familia noble y rica que logra transmitir su patrimonio y sus propiedades de una generación a otra sin ser tocado por los movimientos de la sociedad y la historia. Como un tapón de corcho que siempre permanece en la superficie del agua, ya sea que el río fluya con calma o pase por gargantas y acantilados. Pero esto no es transmisión, porque lo que se pasa no es otra cosa que a uno mismo, los bienes de uno, el patrimonio de uno, no un don que se recibe y que se da a nuestro turno. El don de Cristo Salvador no "transita" a través de los tiempos: se transmite en su Cuerpo, que es la Iglesia.

En este sentido, siempre es edificante meditar sobre cómo los primeros discípulos de Jesús experimentaron la transmisión.

Se puede decir que la transmisión encarnada por Jesús, la transmisión de su Persona por el Padre a la humanidad, ha sido comunicada a los discípulos, a la Iglesia. Y se transmite en la Iglesia, de discípulo a discípulo, de generación en generación, hasta el fin de los tiempos.

En primer lugar, la transmisión de los discípulos, a través de la Iglesia, reproduce el contenido y la forma de la transmisión de Cristo, es decir, transmite la Persona de Jesús, su presencia, su vida, su palabra, su acción, su amor; y la transmite con la misma humildad, con el mismo desapego de sí mismo vivido por Cristo. San Pablo, los Apóstoles, los evangelistas, es como si siempre se preocuparan por decirnos: "Sólo te transmitimos lo que hemos recibido, Jesucristo, el Hijo de Dios Salvador, que nosotros mismos hemos recibido".

No es casualidad que San Pablo exprese el sentido de su vida como transmisión de Cristo cuando habla de la Eucaristía: "Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: 'Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía'" (1 Cor 11,23-24).

San Pablo transmite también el kerigma porque lo recibió: "Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce... por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. " (1 Cor 15,3-5.8)

Pablo transmite siempre un Cristo presente y vivo, un Cristo resucitado que ha encontrado y que encuentra. No transmite los sacramentos como ritos, ni el kerigma como simple doctrina. Él transmite al Cristo presente que nos habla, que da vida a todas las Escrituras.